

Educación para la supervivencia

por S. C. Derksen (1)

Con la elaboración de la bomba atómica se franqueó una frontera fatal. Por primera vez en su historia, la humanidad tiene ahora el poder necesario para acabar con su propia existencia. De hecho, la cantidad de medios de destrucción alcanzó proporciones tan gigantescas que el término más apropiado para definirla es el de "superexterminación". Por lo tanto, la paz se convirtió en la condición indispensable para la supervivencia del hombre. El Presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, expresó esta idea con su característico estilo: "Todo hombre, mujer y niño vive con una espada nuclear de Damocles suspendida sobre su cabeza por el más delgado de los hilos, que en cualquier momento puede cortarse por accidente, error de cálculo o locura. Debemos suprimir las armas de guerra antes que ellas nos supriman a nosotros".

De acuerdo a la mayoría de los expertos, para poder eliminar la guerra debemos, como mínimo, cambiar las estructuras sociales y políticas, y cambiar nuestra manera de pensar. Me referiré a este último punto.

Las investigaciones han demostrado que cierto tipo de pensamiento y determinados modos de comportamiento promueven la guerra en lugar de la paz. Por ejemplo, la agresividad inherente a la especie humana, o la tendencia a oponernos a toda transformación radical.

(1) S. C. Derksen, autor de *Armas para la Paz*, es un escritor y conferenciante sobre educación para la paz que trabaja en el Centro Neerlandés de la UNESCO.

Nuestra inclinación a ver las cosas como querríamos que fuesen, y no como realmente son, va en el mismo sentido. Así mismo, la indiferencia política y la ignorancia constituyen amenazas para la paz. Todo esto lleva a la conclusión de que es necesario establecer otra clase de educación, que sea capaz de dar al ciudadano medio la capacidad de adquirir una real madurez psicológica y política.

Madurez psicológica

Un individuo es psicológicamente maduro cuando es capaz de reconocer la relatividad de sus propios puntos de vista, por lo tanto, cuando es receptivo a las normas y valores —si no a las verdades—, sostenidos por los demás. Debe también ser capaz de dominar su propia agresividad y de resolver sus problemas sin recurrir a la violencia. Aún cuando se vea enfrentado a situaciones críticas, debe poder mantener una visión realista del mundo.

Un ejemplo práctico para esclarecer este punto: hace algunos años, los alumnos de una escuela primaria de Beilen (Holanda) hicieron un trabajo sobre tres puntos álgidos de política internacional —América Latina, Sudáfrica y Medio Oriente—. El trabajo concluyó con una muy concurrida reunión de padres, en la que los niños hablaron sobre los problemas que habían estudiado.

En general, los padres estaban encantados, pero cuando terminaba la reunión, uno de ellos se mostró descontento. Según dijo, había esperado en vano que le dijeran quién tenía la culpa en Medio Oriente. Un alumno le contestó que algunos problemas son tan complejos que no siempre se puede decir con exactitud quién tiene razón. La respuesta no satisfizo al señor. Entonces, otro alumno presentó un detallado historial del problema, y dirigiéndose al padre enojado, le dijo: "Señor, éstos son los hechos. Ahora le toca a Ud. medir su importancia". Era precisamente eso lo que el señor no podía hacer, porque estaba demasiado acostumbrado a pensar en los extremos, en lo bueno o en lo malo, sin puntos intermedios. Dicho de otro modo, carecía de madurez psicológica.

Madurez política

Una persona políticamente madura se caracteriza por su interés por la política, interés que no se limita a un mero conocimiento superficial. Ya en el siglo V A.C., Pericles decía que no todos los ciudadanos debían ser educados para convertirse en hombres de Estado, pero que su educación debía capacitarlos para que pudieran hacer una evaluación correcta de los actos de sus dirigentes, e inclusive, de ser necesario, para rectificar sus errores. Esa actitud de la opinión pública es hoy imprescindible.

La mayor parte de los políticos están tan inmersos en el razonamiento tradicional centrado en la guerra, que si no hay una fuerte presión

de la opinión pública para contrarrestarlos, no se puede esperar ningún progreso de parte de ellos. Lamentablemente, ese tipo de opinión pública, bien informada y crítica, es aún casi inexistente. Debemos entonces concluir que una mayor madurez política es tan importante como una mayor madurez psicológica.

Surge aquí el problema de la posibilidad de una educación dirigida a lograr una mayor madurez. Las esperanzas excesivas son siempre peligrosas, porque con demasiada facilidad conducen a la decepción y al desánimo. Como nos advierte el filósofo polaco Leczek Kalkowski, no debemos atraer al diablo. La condición humana es una realidad que tenemos que enfrentar, pero tampoco hay razón para tener un pesimismo exagerado. En primer lugar, porque "mientras hay vida, hay esperanza". Luego, porque las investigaciones demostraron que se puede lograr una educación que aleje a los seres humanos de los extremos, que los haga más flexibles. (En el pasado, los jefes militares obtenían siempre sus propósitos aplicando políticas educacionales con objetivos opuestos).

Y por último, existe en el mundo entero un interés creciente por la educación para la paz. En este contexto, es muy alentador el constante aumento de contactos entre los docentes y otros tipos de "educadores", del Este y del Oeste. La Conferencia que reunió en La Haya, en 1980, a profesores holandeses y polacos, fue subvencionada por la OTAN y por el Pacto de Varsovia. Es lamentable que los medios de difusión hayan mostrado tan poco interés por esta reunión: aparentemente, la guerra todavía se vende mejor que la paz. No obstante, esta clase de contactos es cada vez más frecuente.

Educación directa e indirecta

En las escuelas, en las que debemos pensar en primer lugar, hay posibilidades para la educación directa e indirecta para la paz. La educación indirecta comprende el clima educativo y las materias que componen los programas vigentes. La educación directa aborda de un modo más o menos sistemático el problema de la paz y la guerra.

El estilo de enseñanza, los esfuerzos encaminados a motivar a los alumnos y la estructura y organización de la escuela, constituyen los elementos que establecen lo que se entiende por clima educativo. Es evidente que un modelo educativo abierto y democrático, centrado en la cooperación, es el que promete mejores resultados. Por encima de todo, los jóvenes deberán aprender *a no ceder ante el poder por el solo hecho que éste existe*.

Un ejemplo puede ilustrar la importancia de este punto. Se demostró que los adversarios al régimen nazi en Alemania provenían de familias en las que el espíritu crítico era constante, y nunca de aquéllas en las que el servilismo y la obediencia absoluta se consideraban como virtudes sagradas. Pero también debemos excluir una educación en la que todo esté

permitido y nada sea obligatorio. Los niños que crecen dentro de familias donde prevalecen esas prácticas se convierten por lo general en adultos asociales y apáticos.

La mejor situación educacional es aquella que se basa en la comprensión y el respeto recíproco, en la que la igualdad y la conciencia de la cualidad única de cada individuo se practican realmente, y donde lo ajeno no es considerado como una amenaza sino como un enriquecimiento. Además, se debería dar un lugar más importante dentro de nuestra educación a virtudes tales como la piedad y la humildad. Con demasiada frecuencia *nuestros héroes siguen siendo los que consiguen sus objetivos por medio de la fuerza bruta*, como lo demuestran los estudios sobre el cine, la televisión, e inclusive un gran número de manuales de historia.

El mono en el Rolls Royce

En la actualidad, los programas educativos insisten demasiado en el cómo producir, y no lo suficiente en el cómo vivir. La atención desproporcionada que se dio al primer punto contribuyó a abrir un abismo pavoroso entre nuestras capacidades espirituales y técnicas. El hombre moderno se parece cada vez más a un mono al volante de un Rolls. Una educación más adecuada debe devolver a los hombres el control del desarrollo tecnológico. Para lograr este objetivo, es indispensable que se insista en los problemas existenciales tales como el sentido de nuestra vida, la forma de aprender a vivir en armonía con nosotros mismos y con los demás, y más concretamente aún, los problemas sociopolíticos.

La falta de ideas existenciales y de perspectivas constituye una laguna peligrosa. En una reciente discusión, un estudiante calificó a esta falta de orientación como "agujero" en nuestra vida. Y sostuvo que este agujero está ahora llenándose con alcohol, drogas, sexo, o campeonatos de fútbol, pero que quizás pronto se llene con odios raciales, o algo aún peor. Las materias existentes en los programas escolares —historia, geografía, economía, ciencias, idiomas— se adaptan muy poco a las exigencias de nuestros días, por lo que no pueden contribuir seriamente a la educación para la paz. En consecuencia, los programas educativos tradicionales deben ser revisados cuanto antes.

Dentro de la educación directa para la paz —que trata en forma sistemática de la paz y la guerra, del medio ambiente y de otros temas relacionados con la supervivencia—, se debe incorporar, en los programas dirigidos a los jóvenes de 16 a 18 años, una nueva materia especialmente dedicada al estudio de la paz, la que tendría por objetivo que los estudiantes se formen ideas propias acerca de las posibles soluciones políticas internacionales.

En la escuela primaria y en los grados inferiores de la secundaria, el tema de la guerra y la paz puede y debe ser tratado con mayor frecuencia que ahora, por medio de estudios o trabajos. Como los alumnos más

jóvenes carecen aún de la facultad de razonar de modo abstracto y en términos políticos reales, su situación real debe constituir el punto de partida. El trabajo ha de comenzar por analizar las agresiones y disputas que suceden en su propio medio, para continuar por los conflictos de mayor envergadura que ocurren en sus respectivos países, hasta llegar por fin a los problemas de alcance mundial.

Las relaciones familiares

La educación para la paz, desde luego, debe darse no sólo en la escuela sino también en el ámbito familiar y en los medios de difusión. Dentro de la familia, el amor, la atención y el cuidado de los niños constituyen las principales fuerzas para este tipo de educación. También han de darse suficientes posibilidades para la autoeducación de los niños, y para que aprendan a asumir responsabilidades. No deben faltar ni el elemento del juego ni la actitud crítica hacia los programas de televisión y los libros infantiles. La falta de esta actitud crítica puede conducir muy fácilmente a un excesivo consumo de violencia, lo que resulta muy perjudicial para la maduración psicológica de los jóvenes. Es también necesario rectificar y ordenar la cotidiana avalancha de informaciones, que amenaza con sumergirnos a todos. La educación para la paz no sólo es esencial sino —con toda probabilidad— posible. En todo caso, tenemos que dar lo mejor de nosotros mismos para lograr realizarla. Después de todo, como sostiene la filósofa Dorothee Sölle, el mayor pecado de nuestro tiempo es el conformismo.

(Perspectivas de la UNESCO)